

LA MEJOR NOVELA

El velorio del angelito

POR

José Armanini

El manto crepuscular cubre suavemente la tristeza del panorama árido.

Por la senda ripiosa confundida en las breñas del peñón irregular, desciende lentamente una caravana de hombres y mujeres, a pie unos, a caballo otros; luciendo los atavíos floreados y vistosos de los días de fieta o de acontecimientos extraordinarios. Se dirigen a la vieja choza del puestero Aguaisol. La vetusta vivienda construída con adobes y torteada con barro y paja que ha cobijado a varias generaciones de los Aguaisol, se resguarda del clásico viento de las tardes, en el ángulo del martillo natural del macizo montaños.

Cuatro sauces «llorones» que juntan sus copas como en un abrazo de consuelo, acarician al mismo tiempo con los flecos de sus follages el techo desigual de la choza, y dan con sus verdes vivos, un pincelazo de vida al desolado paisaje serrano.

Más atrás, extendida en la lomada que da comienzo al murallón áspero del cerro, dormita un rebaño de ovejas apeñuscadas en un corral ovalado de «pircas» y ramas entrelazadas de «chusqui».

Atados de las bridas al gajo de un «moye seco», hay varias mulas y caballos ensillados, cuyas cabezas gachas denotan el cansancio de una larga jornada.

De rato en rato, sale de la choza de Aguaisol, perturbando la imponencia del Angelus silente de la quebrada, el murmullo de voces confusas, y el entrecortado y agudo quejido de un